

Fernán González en el teatro español

(Continuación)

Unos treinta años más tarde poco más o menos, el dramaturgo toledano, Francisco de Rojas Zorrilla, escribe una comedia inspirada en la leyenda del campeón de la independencia de Castilla; su título, que nada revela del contenido o base histórica, es «La más hidalga hermosura».

Vamos a encontrar en esta obra a personajes conocidos, el rey y la reina de León, la infanta Doña Sancha, el rey García de Navarra y el conde Fernán González.

Si la leyenda le sirve de fundamento, no se considera el dramaturgo obligado a atenerse servilmente a los datos precisos de las crónicas. La óptica teatral de Rojas Zorrilla difiere por completo de la de Lope de Vega. La leyenda es para el Toledano un punto de arranque, a partir de cual construye lo suyo, a su gusto y capricho; conserva lo que le hace falta y quita lo que le molesta.

La tradición pintaba a Fernán González como vasallo del rey de León. Pues bien, así nos aparece en la comedia de Rojas Zorrilla, y cuando vuelve el conde victorioso de la guerra contra los Navarros, al llegar ante el rey de León, se arrodilla con todo el respeto y humildad que le corresponden a un vasallo fiel a la monarquía y sin ambición de hacerse independiente ni presunción por las victorias. A su Majestad le pide para besarla «su real mano». Fernán González no reconoce más que a un rey, el de León, y a una reina; así a Don García de Navarra que le preguntaba:

«¿Quién es tu rey, y quién tu heroica reina?»

la contestación es la siguiente:

«Ramiro de León, que por mi reina,
Teresa de Navarra, hermana tuya,
es mi reina» (22)

Y en otra ocasión vuelve a afirmar sus sentimientos de fiel vasallo diciéndolo al monarca leonés:

«A ti, señor; te agradezco
el intento con que marchas,
y como tu feudatario,
humilde beso tus plantas» (23)

El que se porta tan respetuosamente con el rey tiene que ser con la reina cortesano y galán; de esta manera se expresa el conde cuando se encuentra con Doña Teresa.

«Por el más felice abono
de mis servicios, permita
que bese el suelo dichoso
que pisa» (24)

Que Fernán González sea hombre de guerra, sólo lo sobemos en esta comedia, por las alusiones a su victoria contra los ejércitos navarros. Que tenga mucho prestigio entre los castellanos, de ello nos enteramos con el episodio de la estatua que es, para sustituirle, capitana de las tropas castellanas. Que sea orgulloso el vencedor de muchos ejércitos moros y recuerde el episodio famoso de la venta del azor y del caballo al rey de León, no es para sorprendernos. No extrañaremos que a García de Navarra le diga Fernán González, para presentarse, estas palabras.

«A tus pies tienes,
Gran rey de Navarra, a quien
tuvo a sus pies muchos reyes» (25)

Pero aquello en que transforma el dramaturgo por completo a su personaje es en hacerle galán enamorado. Claro que aparecía este rasgo en el héroe de la comedia lopesca; en Rojas Zorrilla viene a ser el elemento dominante y capital hasta tal punto que, en ciertas escenas, no tenemos un retrato sino una caricatura.

(22) R. Zorrilla, «La más hidalga hermosura», Acto II, p. 493.

(23) Idem, ídem, Acto III, p. 589.

(24) Idem, ídem, Acto I, p. 442.

(25) Idem, ídem, Acto II, p. 491.

Para subrayar este detalle del carácter de su protagonista, el dramaturgo inventa una dama, a quien llama Violante, y que vive en la corte de León. Ya que tiene que aparecer la famosa Doña Sancha de Navarra, habrá dos damas alrededor de un galán, y se nos hace fácil imaginar las escenas de celos, más o menos violentas, y los diálogos de amor del galán con las damas. Pero si Fernán González es requerido de amor por Violante, sabemos que el conde está enamorado de Sancha; a la dama de la reina le habla con ambigüedad, de tal modo que ésta cree que los requiebros y palabras de amor para ella, mientras piensa el galán todo lo contrario:

«Esta pena ha de ser mía
pues yo soy el desdichado.
(Ap. Yo quiero fingir ahora
con ésta, pues se ha de ir,
mas a la que va a servir
es la que mi pecho adora).
Y cree que en pena tanta
desde hoy tendré con razón
en Navarra el corazón.
(Ap. Pero ha de ser en la infanta);
y pues lo quiere mi estrella,
en desapacible calma
en Pamplona tendré el alma.
(Ap. A los pies de Sancha bella). (26)

Cuando se entera el conde de que la reina Teresa quiere casarle con su hermana Doña Sancha, exclama con la espontaneidad juvenil de un galancete de comedia:

«Sancha mía, dos mil vidas
aventurar arrestado
sólo por mirar tus ojos». (27)

Tan enamorado está que se arriesga a entrar secretamente en Navarra para ver a Sancha; pero si su lacayo Nuño, que hace de gracioso, — le reprende con sensatez, el galán obcecado por la pasión, — que ya ni es guerrero, ni conde, — contesta que no desiste de su empeño:

(26) R. Zorrilla, "La más hidalga hermosura", Acto I, p. 451.

(27) Idem, ídem, Acto I, p. 458.

«mi amante resolución
es más firme que un diamante». (28)

No le importa que le detengan los navarros a traición; se consuela pensando que todo lo que le pasa, lo aguanta por Sancha. Se parece a uno de aquellos enamorados de la lírica provenzal que, aplicando la teoría del servicio de amor, están dispuestos a sufrirlo todo para vencer la crueldad de la dama de su corazón.

*Sancha, por tí
sufro estas calamidades» (29)

Los diálogos entre Fernán González y Sancha no son los de un noble conde castellano con una infanta, sino los de un galán con una dama. Fernán González habla con pasión, entusiasmo y lirismo al explicarle lo que experimentó el día en que la vió en un jardín y se quedó pasmado de admiración por su hermosura.

«De un verde rosal se fía
mi recato y de una cuadra
te vi que al jardín salías,
si en verte puede alcanzar
jurisdicciones la vista;
saliste al jardín, dejando
todas las flores marchitas...» (30)

Aquel hombre «enamorado a todo ruedo» según las palabras de su lacayo Nuño que se burla de él, se queja y suspira triste y enamorado, pensando en su dama.

«¡Ay hermosa Doña Sancha!
.....
¿qué hará
la infanta, Nuño, a estas horas? (31)

Logra pintar Rojas Zorrilla una escena muy divertida cuando el conde preso por los navarros, no quiere la libertad que le da Sancha; así le dice.

(28) R. Zorrilla, «La más hidalga hermosura», Acto I, p. 470.

(29) Idem, ídem, Acto I, p. 481.

(30) Idem, ídem, Acto II, p. 502.

(31) Idem, ídem, Acto II, p. 531.

«..... ¡qué dirá
Castilla si ve que yo,
amante, fino y leal,
vine por vos, que de vos
vaya huyendo? y glosarán
que ha sido un amor cobarde
pues de vos huyo...» (32)

Sólo consiente en huirse con tal que Sancha acepte acompañarle. ¡Cosa más sorprendente y hasta insólita, a lo menos en la comedia en que el galán prefiere quedarse encarcelado en lugar de aceptar la libertad que se le ofrece! Fernán González está enamorado a machamartillo y con tesón expone clara pero cómicamente sus intenciones.

«que os he de llevar conmigo,
y, en fin, para que los dos
vanamente no gastemos
el tiempo que no tenemos,
yo vine, Sancha, por vos,
sin vos no he de irme, ¡por Dios! ... (33)

Mientras no ha convencido a Sancha suspira ridículamente Fernán González, desesperándose de que su constancia aún haya sido sin resultado. Por fin se rinde la infanta. Pero tenemos que subrayar que lo burlesco viene a deslustrar la figura heroica del conde castellano.

En la comedia de Rojas Zorrilla, Doña Sancha está retratada al principio con los rasgos que le presentan las crónicas. Es una mujer varonil y enérgica, que siente sus responsabilidades en el trono de Navarra y hace jurar a sus compatriotas por nuevo rey, su hermano Don García. Aborrece a Fernán González, matador de su padre, «el aleve y feroz conde de Castilla», dice ella.

Confiada en la relación que le hacen de la muerte de su padre, quiere vengarse del Castellano. Odio y venganza son las dos palabras que más frecuentemente salen de su boca. Cuando le avisa su hermano que Fernán González está preso, exclama rotundamente.

«pues muera el conde»

Pero considerando que la muerte no será castigo bastante duro para el enemigo, acepta la idea de que permanezca el prisionero encarcelado toda la vida en una torre.

(32) R. Zorrilla, «La más hidalga hermosura», Acto II, p. 540.

(33) Idem, ídem, Acto III, p. 573.

«que oír quiero desde mi cuarto
suspiros que el viento lleve
que es regalo al ofendido
la queja del que le ofende» (34)

Sin embargo la vengativa, iracunda y cruel Sancha cambia de actitud cuando sabe que ella ha sido causa del encarcelamiento del Conde. Ya no se trata de vengarse del matador de su padre, sino de libertarle en seguida para mostrar al mundo su hidalguía.

Aún no ama a Fernán González, aún es infanta real y no dama. Pero al darse cuenta de que Violade está enamorado del conde, Doña Sancha empieza a comprender la naturaleza de ciertos sentimientos suyos que le remueven el alma. Con susto, confusión y vergüenza se analiza.

«¡Válgame Dios! ¡Qué de cosas
pasan por mí!
Ahora bien solos estamos,
corazón pues apuremos;
.
¿Qué señas son éstas? ¿Qué sombras, qué lejos?
¿De quién en un punto me obligo y me ofendo?
Qué pasión es ésta?» (35)

Se encuentra llena de contradicciones y luchando contra la venganza, el amor y los celos. Pero ¿qué mujer puede resistir la fuerza de Cupido? Sancha acaba gustosa con casarse con Fernán González.

La figura del Conde castellano y la de la Infanta navarra, como acabamos de verlo, han sufrido en esta comedia transformaciones. Es que el dramaturgo no se considera vinculado con la tradición a la historia; encuentra en las crónicas la maravillosa figura del héroe de la independencia de Castilla, popularizada después por los romances, y por consiguiente de todos conocidos. Juzga que tiene derecho para modernizar a su manera el carácter del Conde y el de la infanta. Su innovación mayor es hacer del Conde un galán enamorado, inventar una dama que rompa el equilibrio en la tradicional pareja conde-infanta, lo cual es para el dramaturgo ocasión de imaginar celos y discreteos. La pintura de una doña Sancha vengativa y rencorosa no corresponde a los datos históricos y estamos muy lejos de la intervención del peregrino lombardo, que originaba la decisión de la infanta. Además, si cuentan las crónicas que dos

(34) R. Zorrilla, «La más hidalga hermosa», Acto II, p. 488.

(35) Idem, ídem, Acto III, p. 560.

veces fue preso Fernán González y dos veces libertado por doña Sancha, reduce Rojas Zorrilla el episodio a un cautiverio; y aun las condiciones son distintas.

De los Moros, que tanta importancia tuvieron en la vida de Fernán González, no se habla.

El tema que era épico e histórico se transforma, al fin y al cabo, en una aventura sentimental. A la grandeza de la epopeya se sustituye el discreto de la galantería y al tono grave y majestuoso de la historia, la lengua culta y amanerada de los cortesanos.

Entre el Fernán González de Lope de Vega, que se alza ante nosotros con la majestad del pasado heróico, apenas adaptado al gusto del tiempo, y el de Rojas Zorrilla en que dominan sobre todo lo galán y lo cortesano, hay una evolución tan profunda que casi no reconocemos al héroe cuya figura conservaban celosamente los relatos de las crónicas. Si el Fernán González de la comedia de Lope se presentaba a los ojos del público como una especie de caballero perfecto, como el prototipo del guerrero medieval, el de Rojas Zorrilla se transforma en un dechado de galán enamorado, en un modelo de firmeza y constancia en amor.

No cabe duda de que el dramatismo de la comedia de Rojas Zorrilla no tiene tanta intensidad como la obra de Lope, el exceso de amaneramiento en los diálogos amorosos y los frecuentes chistes del gracioso que afean aquélla le hacen perder la nobleza y mesura del estilo que dominan en ésta.

Si el teatro clásico español recoge como siempre los vestigios de la tradición épica castellana, hay que llegar hasta el siglo XIX para volver a encontrarla, en el momento en que el romanticismo se interesa por la Edad Media, por las leyendas viejas y los héroes nacionales. Un ejemplo hallamos en «El conde Fernán González y la exención de Castilla», drama histórico original en cinco actos y en verso, por Mariano José de Larra.

Cuando se levanta el telón, empieza el drama de Larra sin que aparezca inmediatamente el héroe. Los personajes hablan de él, y nos hacen una evocación de su figura, como si se hiciera una preparación psicológica del público. Así nos enteramos de que:

«Mucho al conde se le debe
y su pecho generoso,
que si es Marte en la campaña,
sabe templar los enojos
de la guerra en las virtudes
de su noble pecho adorno.
De las grandes el más grande,
más bueno que poderoso,
afrenta de los cobardes,
de los valientes desdoro» (36)

El mismo rey de León, Don Sancho, hace su elogio recordando todo lo que cumplió «su heroica braveza», y su invencible brazo» (I-4) en las guerras contra el feroz Almanzor. Hazaña fue luchar denonadamente con unos quinientos soldados contra sesenta mil Moros. ¡Exageración épica! El rey le tiene gran amistad y admiración.

«...y en fin su fuerza,
su gran virtud me imponen
que por amigo le tenga,
que sólo a los pechos nobles
los nobles pechos aprecian» (37)

Esta aureola de virtudes y nobles dotes se halla poco a poco confirmada cuando sale al escenario Fernán González. Tan valiente guerrero no teme a nadie e infunde pavor a todos cuando surge con la espada en la mano. Y si en el palacio del rey de León logra prenderle la guardia, es porque cayó desgraciadamente en la escalera; en otras condiciones, se hubiera librado de los atrevidos con «su brazo invencible», como dice el mismo Fernán González orgullosamente. Hay que ver con qué facilidad consigue escaparse de la cárcel matando a puñaladas a los soldados leoneses que intentan cerrarle el paso.

Consciente de su fuerza, alentado por las numerosas victorias y por el entusiasmo que levanta entre sus partidarios, Fernán González es orgulloso y arrogante. Se enoja al ver que nadie acoge, en la corte leonesa, a persona de su «porte». Ocurre a veces que hable descaradamente con su mismo rey, sobre todo cuando tiene que defenderse de las acusaciones de los mestureros y cuando le debe tanto la monarquía de León; así le dice al rey.

(36) Larra, «El conde F. G. y la exención de Castilla», Acto I, 1.

(37) Idem idem, I, 4.

¿«Dónde, Don Sancho, aprendisteis,
a tratar con tanta afrenta
al que mejor os asienta
la corona que os pusisteis?
¿Conocéisme, rey Don Sancho?
Sabéis que en Burgos, si os viera,
con sólo que os recibiera
os viniera a vos muy ancho?
¿Qué soy tan rey como vos,
y que aunque vos mandéis,
en Burgos no obedecéis,
y que reinamos los dos?» (38)

Pero si le ocurre, para defenderse de pérfidas acusaciones, reconvenir tan ásperamente a su señor natural, no deja de tener confianza en la amistad del rey, a fuer de buen vasallo. Y esta confianza es recíproca, hasta el punto que no puede Don Sancho imaginar que el conde fuera capaz de «tamaña traición».

El cielo ampara, — todos lo saben, porque se difundió rápidamente la noticia de los milagros de que fue testigo, — a Fernán González, defensor de España y de la cristiandad.

«...todos saben, y es cierto
que el ermitaño Pelayo
de la ermita de San Pedro
le apareció dos veces
en dos distintos encuentros,
la victoria asegurando» (39)

Así no extrañaremos que aquel hombre devoto se interese mucho por los privilegios que quiere otorgar a ciertos conventos en que se honran los santos de su devoción.

(38) Larra, «El conde F. G. y la exención de Castill», acto I, 9.

(39) Idem, ídem, acto III, 3.

«...el [privilegio] que a San Millán le hago,
aun mayor que el de Santiago,
por el insigne favor
que en Simancas me hizo el santo
de aparccer combatiendo
contra el Moro: agradeciendo
tal gtacia por eso tanto
desde hoy su culto venero.

.....
A la venida, en Arlanza
el monasterio también
debisteis ver si van bien
los obras: con confianza
este santuario edifico
a San Pedro.....»

El defensor de la realeza, el campeón del cristianismo es también esposo cariñoso que piensa en su mujer, que se preocupa por ella, que no quiere que esté pesarosa por su ausencia. A su consejero Don Gonzalo Díaz, le manda regresar a Burgos donde se ha quedado Doña Sancha.

«Mejor en Burgos se está,
que ella allá con su prudencia
que no echen de ver mi ausencia
en Castilla cuidará.
Volved vos a consolarla»

Pero, separado de su mujer, tiene prisa en saber que está en Burgos; el mismo Fernán González le dice:

«Id con Díos y tornad luego,
que hasta saber de mi esposa
el corazón no reposa,
que arde en amoroso fuego» (40)

Cuando ha logrado entrar Doña Sancha en la cárcel, su marido está vacilando sobre si acepta la estratagema que se le propone. En ello le va el honor; un hombre como él no puede a los cobardes esconder la cara. En su alma luchan amor y deber, cariño y patriotismo. Y por fin se deja

(40) Larra, «El conde F. G. y la exención de Castilla, acto II, 7. Las dos citaciones anteriores están sacadas de la misma escena.

convencer aquel hombre de hierro a quien el cautiverio pareció que le iba a desesperar, porque en un momento de flaqueza y desconsuelo, al verse con los grillos en los pies, se quejó, cual, galán de comedia o de novela de aventura, de la Fortuna cruel; y exclamaba en su calabozo, antes de que llegara Doña Sancha.

«¡Oh rigor de mi desdicha!
Cruel fortuna, ¿por qué
ves con ojos envidiosos
mi ya malogrado bien? (41)

Y un poco más lejos, cuando está rabiando por no poder morir matando, exclama, increpando de nuevo a la Fortuna.

«..... Digna entonces
mi muerte fuera de mi vida: aciaga
tal dicha, empero, me robó Fortuna» (42)

Bien notamos que resulta más corto el papel de Fernán González en este drama porque Larra le ha despojado de todos los episodios guerreros contra los Moros y de todo lo maravilloso cristiano de la leyenda (sólo recordado por otros personajes) y porque, en resumidas cuentas, el dramaturgo da más importancia a los papeles femeninos, el de la reina Teresa, y el de Doña Sancha.

Sólo aparece la mujer de Fernán González a partir del acto III, cuando, vestida de peregrina, se prepara a salvar a su marido. Es la misma Sancha de la historia, o de la leyenda, resuelta, valerosa, pronta a animar a los Castellanos para luchar contra los Leoneses. Pero, como es mujer, y mujer enamorada, piensa que.

«no faltará un ardíd que salve al conde (43)

En presencia del rey, defiende con elocuencia a su esposa y el amor le sugiere argumentos para convencer al soberano del favor que le pide: es Fernán González defensor de España y amparo de la monarquía; y hasta consiente en sacrificarse por él y quedarse en rehenes; todo lo intenta porque el conde, exclama Sancha.

«es mi esposo y nada más» (44)

(41) Larra, «El conde F. G. y la exención de Castilla», acto IV, 1.

(42) Idem, ídem, IV, 3.

(43) Idem, ídem, III, 1.

(44) Idem, ídem, III, 4.

Ante la reina, tiene Sancha acentos conmovedores que deberían ablandarla.

«..... ya no soy
señora y condesa suya,
ya soy una esclava tuya,
si lo quieres, desde hoy.
Cruelles, dadme a mi esposo,
o bien la vida arrancadme;
su libertad otorgadme.
¡Comasión, Sancho piadoso! (45)

Cuando ha logrado libertad a su marido y se queda ella encarcelada, experimenta aquella mujer tan fuerte y enérgica, el natural y comprensible desconsuelo, la inevitable crisis de flaqueza en la soledad fría e insensible de la cárcel. Acosada por la vengativa y cruel Doña Teresa, minada por el raudal de maldades y alevosías de la reina, está a punto de dejar de luchar: tiene miedo a la muerte, llora e implora la piedad de la reina. Pero vuelve a recobrar ánimo ante la adversidad, y si ha muerto su esposo como se lo afirma mentirosamente Doña Teresa, entonces no tiene ella motivos para vivir y, olvidando que es cristiana, se prepara a morir románticamente, sin el auxilio de la iglesia, bebiendo la copa de ponzoña que le tiene preparada la reina de León.

Con este final espectacular, —un suicidio que afortunadamente no se lleva a cabo,— el drama se aleja de la base histórica que le servía de punto de partida.

El dramaturgo no conserva más que unos fragmentos de la vida hazañosa y novelesca de Fernán González. El título de la obra era, en cierto modo, una orientación. Larra quiere insistir no en las luchas guerreras entre moros y cristianos, sino solamente entre León y Castilla y enfrenta a la reina y a la condesa porque, si Fernán González desempeña un papel importante, hay que reconocer que el centro del drama es ocupado por dos mujeres. Quería Larra hacer un drama duro, cruel y sangriento para poner de relieve la violencia de las pasiones, y la lucha sorda por la conquista del poder. A los afanes de la independencia del castellano se pone la siniestra sed de venganza de la reina de León. Casi se podría decir que no es esta obra la lucha por la independencia castellana, si nó el drama de la venganza. Con aquel ambiente de odio tenaz, logra Larra ensombrecer la historia del héroe medieval. Ya no aparecen, como en la comedia lopesca, la doble intriga y los villanos que, en ciertas

(45) Larra, «El conde F. G. y la exención de Castilla», acto III, 5.

circunstancias, remedaban burlescamente a los Moros. Ya no encontramos ningún gracioso que suelte cómicos chistes. Ya no se mezcla lo triste con lo jocoso y las lágrimas con la risa. El drama romántico de Larra queda voluntariamente serio, duro y violento. Y hasta cierto punto, por haber reducido las márgenes de extensión de su obra, vuelve a encontrar el drama de Larra los límites que tendría en la realidad medieval: rivalidades monárquicas, odios entre familias poderosas y ambiciosas personales.

Así pues, a través de tres obras teatrales, hemos tenido tres visiones distintas del héroe castellano. Cada dramaturgo lo interpreta a su manera, según las exigencias estéticas del tiempo y del público. Se ha intentado hacer una representación idealizada del héroe medieval con todas las virtudes: valiente, devoto, generoso, fiel vasallo, buen esposo. A veces, se le ha modernizado con exceso, como en la comedia de Rojas Zorrilla, mientras que el ambiente del drama romántico de Larra viene a ser demasiado siniestro y cruel con esta inagotable sed de venganza. Sólo Lope de Vega, supo, a nuestro juicio, equilibrar su comedia y dar de Fernán González el retrato más próximo a las crónicas, el que correspondía más a su intuición captadora de la belleza y de los colores del noble antaño.

ANDRE NOUGUE

Universidad de Toulouse